

El lobo de mar

Jack London



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
The Sea Wolf

© De la traducción: Juan Fernando Merino, 1993
© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2016
© De la ilustración: Enrique Flores, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2016

ISBN: 978-84-698-0881-8
Depósito legal: M. 25993/2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El lobo de mar

Jack London



Traducción y notas:
Juan Fernando Merino

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

JACK LONDON

El hombre que sería conocido como Jack London (1876-1916) nació como John Griffith Chaney en San Francisco, California, en una casa que desapareció en el gran terremoto de 1906. Fue el hijo indeseado de un astrólogo ambulante, William Chaney, y una madre espiritista, Flora Wellman, que pretendía actuar como la médium de un antiguo jefe indio.

Su padre abandonó a su mujer y al hijo, que quedó a cargo de una antigua esclava de color, Virginia Prentiss. Flora Wellman se casó con John London, un veterano de la Guerra de Secesión, que había enviudado y de quien el joven Jack tomó el apellido.

La nueva familia se mudó a Oakland, a unos diez kilómetros al este de la bahía de San Francisco. Allí, el muchacho fue a la escuela y empezó a acudir a la biblioteca municipal, donde tuvo la suerte de caer bajo la tutela de una bibliotecaria ejemplar, Ina Coolbrith, que le alentó a leer y a embeberse de libros como Los cuentos de la Alhambra, de Washington Irving (1783-1859).

La precariedad económica de la familia y el afán de independencia llevaron al joven a abandonar los estudios a los catorce años. Durante un tiempo trabajó de 12 a 18 horas diarias en una fábrica de conservas, pero el esfuerzo era ímprobo y la paga escasa. Con un préstamo de Virginia Prentiss compró un viejo balandro a un pirata de ostras de la bahía de San Francisco, lo que le permitió ejercer también la piratería. Se convirtió en un gran frecuentador de tabernas, lugares donde, además de ver y observar, podía hacer acopio de historias y contarlas para entretener a otros.

En 1893 se enroló en una goleta de tres palos y viajó desde el mar de Bering al mar del Japón, cazando focas. A su regreso, el país estaba sumido en la depresión económica y la conflictividad laboral era muy



alta. Trabajó en una fábrica de yute y en una central eléctrica del ferrocarril. Convertido en militante socialista, se unió al llamado Ejército de Kelly, una marcha de protesta formada en su mayor parte por desempleados y liderada por un tal Charles T. Kelly, que recorría el país para presionar al gobierno. En 1894, condenado por vagancia, pasó treinta días en una penitenciaría de Búfalo.

El temor a convertirse en una mera bestia de carga le convenció de la necesidad de seguir educándose. De nuevo en Oakland, leyó a Darwin, a Marx y a Nietzsche, que influyeron decisivamente en su visión del mundo. A los 19 años dio en tres meses las asignaturas de dos años de estudio y consiguió entrar en la universidad de California, en Berkeley, pero la abandonó al enterarse del descubrimiento de oro en el Klondike, una región en el territorio del Yukón, al noroeste de Canadá y al este de la frontera con Alaska.

Jack London partió para el Klondike cuando la fiebre del oro estaba en su apogeo. Pasó grandes penalidades, contrajo el escorbuto y perdió algunos dientes. No dio con el preciado oro, pero reunió abundante material literario.

Los cuentos que a su vuelta escribió sobre el lejano norte y su novela La llamada de lo salvaje (1904) llamaron de inmediato la atención de los lectores por su frescura y vigor, y fueron el principio de una carrera literaria breve e intensa, que duraría solo dieciséis años y que nos dejaría alrededor de ciento cincuenta relatos, dieciocho novelas y siete libros de no ficción.

Además de La llamada de lo salvaje, entre sus mejores novelas destacan El lobo de mar (1904), La quimera del oro (1905), Colmillo Blanco (1906), Martin Eden (1909) y El talón de hierro (1907), una fantasía futurista que puede leerse como una terrorífica premonición del fascismo.

Jack London fue uno de los primeros escritores que trabajó para la industria del cine, y llegó a actuar como marino en la primera versión cinematográfica de El lobo de mar (1913). Otras adaptaciones destacables de esta novela son las de 1920, 1930 y 1941.

Vicente MUÑOZ PUELLES

Capítulo I

A duras penas sé por dónde empezar, aunque a veces se me ocurre decir, medio en broma, que Charley Fureseth fue el causante de todo. Charley tenía una cabaña de verano en Mill Valley, al pie del monte Tamalpais¹, que utilizaba únicamente durante los meses de invierno, cuando pasaba el tiempo holgazaneando y leyendo a Nietzsche y a Schopenhauer² para dar reposo a su mente. Cuando llegaba el verano, optaba por sobrellevar una sudorosa y polvorienta existencia en la ciudad y trabajar sin descanso. Si no hubiese tenido por costumbre ir a verle todos los sábados por la tarde y quedarme con él hasta el lunes, aquella mañana de un lunes de enero no me habría encontrado flotando en la bahía de San Francisco.

No es que navegara en una embarcación poco segura, pues el *Martínez* era un transbordador nuevo que hacía el recorrido entre Sausalito³ y San Francisco por cuarta o quinta vez. El peligro provenía de la densa nie-

¹ *Mill Valley* es una pequeña población situada en el condado de Marin, al norte de San Francisco, cerca del conocido como monte *Tamalpais*.

² Friedrich Nietzsche (1844-1900). Filósofo alemán. En su obra *Origen de la tragedia según el espíritu de la música* (1871) aparece ya la idea básica de su filosofía; según él, la tragedia griega se habría originado de la fusión de Dionisos y Apolo: el primero representa la vida afirmada de una forma orgiástica y plena; el segundo es el símbolo de la medida y de la contención, de la forma, donde la vida queda aprisionada y, por lo tanto, negada. De ahí su contraposición entre la moral de los esclavos (los débiles, que proclaman el amor, la igualdad, etc.) y la moral de los señores (los individuos fuertes y poderosos). Esta moral de los señores culmina en el «Superhombre», que encarna la nueva tabla de valores y da realidad a la voluntad del poder. Arthur Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán cuya doctrina está fundada especialmente en el voluntarismo (la voluntad es la base y el origen de toda la realidad) y en un radical pesimismo, que ve en una fuerza irracional (la «voluntad de vivir») el origen del dolor, característica primera de la existencia humana. Influyó, entre otros, en Nietzsche.

³ Localidad del estado de California, en el condado de Marin.



bla que cubría la bahía y de la que yo, hombre de tierra firme, recelaba muy poco. De hecho, recuerdo la plácida exaltación con que ocupé mi sitio en la parte delantera de la cubierta superior, exactamente debajo de la caseta del piloto, y dejé que el misterio de la niebla se apoderase de mi imaginación. Soplaban una fresca brisa, y durante un rato permanecí a solas en la húmeda oscuridad... aunque no del todo, pues era vagamente consciente de la presencia del piloto, así como de otra persona, que supuse sería el capitán, en la caseta de cristal encima de mi cabeza.

Recuerdo que pensaba en lo cómoda que resulta esta división del trabajo, gracias a la cual no era necesario que yo estudiase las nieblas, los vientos, las mareas y los principios de navegación para visitar a mi amigo en la otra orilla de la bahía. Es buena cosa esto de que los hombres se especialicen, cavilaba. Los particulares conocimientos del piloto y el capitán bastaban para muchos miles de personas que no sabían más que yo acerca del mar o de los principios de navegación. Por otra parte, en lugar de dedicar energías al estudio de multitud de cosas, podían concentrarse en un par de asuntos específicos como, por ejemplo, el lugar que ocupa Poe⁴ en la literatura norteamericana, tema de un ensayo mío, dicho sea de paso, que aparecía en el último número de la revista *Atlantic*⁵. Cuando embarcaba, en el momento de pasar junto a la cabina, había reparado con ojos ávidos en un corpulento caballero que leía *Atlantic* y la tenía abierta justamente en la página de mi ensayo. De nuevo lo mismo, la división del trabajo, el especial conocimiento del piloto y el capitán que permitían al caballero corpulento compartir mi especial conocimiento

⁴ Edgar Allan Poe (1809-1849). Escritor norteamericano. Conocido por sus relatos de misterio y terror y por su poesía, en la que se refleja su atormentado genio, se le considera como el creador del relato policíaco. Entre sus obras, podemos citar, *El escarabajo de oro*, *La narración de Arthur Gordon Pym* y *El gato negro*, y su poema *El cuervo*. El lector encontrará, en esta misma colección, *El gato negro* y los relatos antes citados bajo el título de *Cuentos policíacos*.

⁵ La revista norteamericana *Atlantic*, especializada en crítica literaria, ensayos históricos y filosóficos, tuvo una difusión considerable hasta mediados del siglo XIX.



sobre Poe mientras era transportado con toda seguridad de Sausalito a San Francisco.

Un hombre de cara rojiza, que tras cerrar ruidosamente la puerta de la cabina entró cojeando en cubierta, interrumpió mis reflexiones, si bien hice una nota mental de esta idea para utilizarla en un ensayo que tenía en proyecto al que pensaba titular: «La necesidad de libertad; un alegato en favor del artista». El hombre de la cara rojiza lanzó un vistazo hacia la caseta del piloto, contempló la niebla que nos rodeaba, cojeando recorrió la cubierta, cojeando deshizo sus pasos (evidentemente tenía piernas ortopédicas) y se detuvo a mi lado, los pies muy separados, en el rostro una expresión de gran satisfacción. No me equivocaba al juzgar que habría pasado buena parte de su vida en el mar.

—Tiempos así de asquerosos son los que hacen encanecer prematuramente —dijo, señalando con la cabeza en dirección a la caseta del piloto.

—No se me había ocurrido que exigiera un esfuerzo particular —repliqué—. Parece tan sencillo como el abecé. Con la brújula pueden determinar la dirección, la distancia y la velocidad. Yo lo consideraría una simple operación matemática.

—¡Ningún esfuerzo! —resopló—. ¡Tan sencillo como el abecé! ¡Una simple operación matemática!

Parecía darse ánimos a sí mismo mientras se recostaba en el aire y miraba fijamente.

—¿Y qué me dice de la marea que se precipita bajo el arco del Golden Gate⁶? —preguntó, o más bien rugió—. ¿Con qué velocidad está menguando? ¿Qué rumbo lleva, eh? Pero escuche, escuche usted. ¡Es la campana de una boya! ¡Y estamos encima de ella! ¡Mire cómo alteran el curso!

A través de la niebla llegaba el lúgubre tañido de una campana, y alcancé a ver cómo el piloto giraba el

⁶ Golden Gate («Puerta de Oro») es el límite norte de la Bahía donde se encuentra San Francisco. En la época de la narración, esta amplia bahía que separa la ciudad de su área metropolitana debía ser salvada en ferri; actualmente, está atravesada por el célebre puente colgante llamado también Golden Gate.



Proa: Parte delantera de una embarcación.

Goleta: Embarcación antigua con las bordas poco elevadas, de dos o tres palos.

timón con gran rapidez. La campana, que me había parecido oír a proa⁷ un momento antes, sonaba ahora desde un costado. Nuestro propio silbato soplaba roncamente, y de vez en cuando nos llegaba el sonido de otros silbatos desde distintos sitios de la niebla.

—Ese es un transbordador —dijo el recién llegado, indicando un silbato hacia la derecha—. ¡Y ahora allí! ¿Ha oído eso? Soplan con la boca. Seguramente una goleta larga. Es mejor que tenga cuidado, señor goletero. Ajá, me lo había imaginado. ¡Alguien se va a meter en un lío de mil demonios!

El invisible transbordador resoplaba una y otra vez, y la bocina resonaba con aterrorizada insistencia.

—Y ahora están intercambiando saludos y tratando de apartarse uno del otro —prosiguió el hombre de la cara rojiza en el momento en que cesaban los afanosos pitidos.

Su rostro resplandecía y sus ojos centelleaban de excitación mientras traducía el idioma de las bocinas y sirenas a un lenguaje comprensible.

—Lo que suena ahí delante, a la izquierda, es la sirena de un vapor —dijo—. Y aquel con una rana en la garganta debe de ser, según me parece, una goleta de vapor que viene desde las Heads⁸ luchando contra la marea.

El sonido de un silbato corto y agudo, que parecía haber enloquecido, llegaba desde algún sitio a muy corta distancia de la proa. Sonaron los gongs del *Martínez*. Se detuvieron nuestras hélices, cesó por completo su acompasado latido, y un instante después comenzaron a girar de nuevo. Aquel silbato corto y agudo, como un chirrido de grillo entre los bramidos de las fieras del bosque, atravesó la niebla y enseguida comenzó a hacerse más y más débil. Me volví hacia mi acompañante para que me informara.

—Una de esas lanchas temerarias —dijo—. Casi me hubiera gustado que hubiésemos hundido a la muy bribona. No hacen más que traer problemas. ¡Y hay que ver

⁷ Para los términos marítimos que aparecen en el texto, véase también el «Glosario de términos marítimos» (pág. 403).

⁸ Grupo de pequeñas islas situadas muy cerca del Golden Gate.

Gong: Instrumento musical de percusión que consiste en un disco grande de bronce que cuelga de un soporte; se toca golpeándolo con una maza.



por quién se toman! ¡Cualquier idiota sube a bordo de una de ellas y se pasea de un lado a otro como Pedro por su casa, haciendo sonar el silbato con tal estridencia, que acallaría a una orquesta entera, como si proclamase ante el resto del mundo que debe tener mucho cuidado con él, porque se acerca y no tiene la menor intención de andarse con consideraciones! ¡Porque se acerca! ¡Y tú también tienes que tener cuidado! ¡Derecho de paso! ¡Decencia elemental! ¡No conocen el significado de esas palabras!

Me divertía aquel injustificado despliegue de cólera, y mientras el hombre renqueaba indignado de un lado a otro, me dio por pensar en lo romántica que puede resultar la niebla. Porque ciertamente resultaba romántico: la niebla, como una sombra gris de misterio inconmensurable, envuelve la pequeña y oscilante mancha que viene a ser la tierra; y en ella, los hombres, simples destellos de luz, maldecidos con un insensato gusto por el trabajo, cabalgan corceles de madera y acero surcando el corazón del misterio, tanteando a ciegas el camino a través de lo No Visto, vociferando y atronando con su pesada seguridad, mientras pesan en sus corazones la incertidumbre y el temor.

La voz de mi acompañante me hizo volver a la realidad y solté una carcajada. También yo había estado tanteando un camino y avanzando a trompicones mientras creía estar recorriendo el misterio con los ojos muy abiertos.

—Hola; viene alguien en dirección nuestra —estaba diciendo el hombre en aquel momento—. ¿Ha escuchado eso? ¡Avanza muy veloz! Directamente hacia nosotros. Parece que todavía no nos ha oído. El viento corre en dirección contraria.

Una fresca brisa soplaba sobre nosotros, frontalmente, y yo alcanzaba a escuchar con nitidez el silbato de la otra embarcación un poco más adelante de la proa y a un costado.

—¿Un transbordador? —pregunté.

Asintió con la cabeza y añadió con una risita ahogada: —Si no lo fuese, no podría mantener el galope que lleva. Ahí arriba se están poniendo nerviosos.

Renquear:
Andar mal
o con dificultad,
inclinando el
cuerpo hacia
un lado más
que hacia otro.



Miré hacia arriba. El capitán había sacado la cabeza de la caseta y clavaba la vista en la niebla con manifiesta intensidad, como si pretendiese penetrarla con la pura fuerza de su voluntad. Su rostro revelaba una gran ansiedad, como el de mi acompañante, que había renqueado hasta la barandilla y miraba con idéntica angustia en dirección del invisible peligro.

Entonces, con una rapidez inusitada, ocurrió todo. La niebla pareció abrirse, como hendida por una cuña, y de su seno emergió la proa de un vapor, del cual colgaban a un lado y a otro guirnaldas de niebla, como algas marinas del hocico del Leviatán⁹. Desde mi sitio alcanzaba a ver la cabina de mando de aquella embarcación y en su interior a un hombre de barba blanca, que, con los codos apoyados en el marco, asomaba medio cuerpo. Vestía un uniforme azul, y recuerdo haber notado lo arreglado de su traje y lo compuesto de su semblante. Su calma, en aquellas circunstancias, resultaba espantosa. Aceptaba el destino, avanzaba de la mano con él, y ahora ponderaba fríamente la violencia del golpe. Sin cambiar de postura paseó su mirada por el interior de nuestra nave, tranquila, calculadoramente, como si quisiese determinar el punto exacto de la colisión, y ni siquiera se dio por enterado cuando nuestro capitán, pálido de ira, le gritó:

—¡Buena la has hecho!

Rememorando aquello, me doy cuenta de que la observación era demasiado obvia para exigir una respuesta.

—Agárrese a algo y no lo suelte —me dijo el hombre de la cara rojiza. Su fanfarronería había desaparecido por completo y parecía ahora contagiado por una calma sobrenatural—. Y escuche como gritan las mujeres —agregó hosca, casi amargamente, según me pareció, como si hubiese pasado antes por la misma experiencia.

*Ponderar:
Considerar,
examinar.*

⁹ El Leviatán es un monstruo marino que se menciona varias veces en el Antiguo Testamento como personificación del mal y del caos (cf. Job 3,8; 7,12; Salmos 74,14; 104,26). Según la Biblia fue creado por Dios, que lo sometió a su poder y lo puso en el orden de la creación. Definido como «serpiente huidiza», «serpiente tortuosa» (Isaías 27,1), su descripción más completa se desarrolló en 34 versículos del libro de Job (40,25 a 41,26).



Antes de que yo tuviese tiempo de seguir su consejo los barcos chocaron. Debimos de ser golpeados justo en el centro, pues no vi nada; seguramente el barco desconocido había pasado por detrás de mi campo de visión. El *Martínez* escoró bruscamente, y se oyó cómo el maderamen crujía y se hacía pedazos. Fui arrojado de bruces sobre la cubierta mojada, y antes de que pudiese incorporarme oí los gritos de las mujeres. Estoy convencido de que fue aquello —una serie de sonidos indescriptiblemente aterradores que helaban la sangre— lo que me redujo a un estado de pánico. Me acordé de los salvavidas almacenados en la cabina, pero, al llegar a la puerta, un alud salvaje de hombres y mujeres me cerró el paso y me obligó a retroceder. No podría reconstruir lo que sucedió en los minutos siguientes, aunque sí recuerdo con toda claridad que en un momento dado yo bajaba salvavidas de las rejillas mientras el hombre de la cara rojiza los ceñía alrededor de las cinturas de un grupo de mujeres histéricas. La imagen es tan inequívoca y tan nítida como la de cualquier fotografía que jamás haya visto. Sí; es una foto, y puedo verla ahora mismo: los bordes astillados del boquete que se había abierto a un lado de la cabina, y a través del cual danzaban y se arremolinaban los grises bancos de niebla; los asientos tapizados, cubiertos ahora por paquetes, bolsos de mano, paraguas, abrigo y otros vestigios de una huida precipitada; el caballero corpulento que había estado leyendo mi artículo, encajonado entre corchos y lona, la revista aún en las manos, preguntándome con monótona insistencia si creía que corríamos peligro; el hombre de la cara rojiza renqueando osadamente de un lado para otro sobre sus piernas ortopédicas y repartiendo salvavidas a cuantos iban llegando; y finalmente el desafortunado griterío de las mujeres.

Era aquel griterío lo que más me exasperaba. Debí de haber exasperado también al hombre de la cara rojiza, pues conservo otra fotografía que jamás se borrará de mi memoria: el caballero corpulento se está embutiendo la revista en un bolsillo de su sobretodo mientras observa con curiosidad lo que ocurre. Una confusa masa de mu-

Escorar: Inclinarsé una embarcación hacia un costado.

Maderamen: Conjunto de maderas.

Sobretodo: Prenda de vestir amplia que cubre el cuerpo y se pone sobre otras prendas para protegerlas o abrigarse.



Púrpura: Color rojo fuerte con un tono morado.

jeros, los rostros pálidos y desencajados, las bocas abiertas, chillan como un coro de almas condenadas; el hombre de la cara rojiza, con su semblante ahora púrpura por la ira, los brazos extendidos por encima de la cabeza, como en el acto mismo de arrojar un haz de rayos, está gritando a las mujeres:

—¡Cállense! ¡Pero cállense!

Recuerdo que la escena me produjo un ataque de risa; un momento después comprendí que también yo estaba cayendo en la histeria. Porque las mujeres de quienes me reía eran mi propia gente, mujeres como mi madre, como mis hermanas, abrumadas de terror ante una muerte inminente. Y recuerdo que los sonidos que emitían me hacían pensar en los alaridos de los cerdos bajo el cuchillo del matarife, y que la viveza de la analogía me llenaba de horror. Aquellas mujeres, capaces de las emociones más sublimes, de los sentimientos más tiernos, abrían la boca de par en par y chillaban. Querían vivir, se sentían indefensas, como ratas en una trampa, y chillaban.

Avíos: Utensilios necesarios para hacer una cosa.

Arriar: Bajar.

Aparejo: Conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de un buque.

El horror de todo aquello me impulsó a subir a cubierta. Me sentía enfermo, mareado, y tuve que sentarme. De una manera vaga, nebulosa, veía y oía las carreras y los gritos de los hombres mientras trataban de bajar los botes. Era exactamente igual a las descripciones de escenas semejantes que había leído en los libros. Los avíos se atascaban. Nada funcionaba bien. Un bote, repleto de mujeres y de niños, fue arriado con los tapones sueltos, y un instante después, al llenarse de agua, se hundió. Otro de los botes había sido arriado por uno de los extremos, mientras el extremo opuesto aún colgaba del aparejo. No había señal alguna del vapor causante del siniestro, aunque algunos hombres afirmaban que sin ninguna duda enviaría botes para socorrernos.

Descendí a la cubierta inferior. El *Martínez* debía de hundirse rápidamente, pues el agua estaba ya muy cerca. Muchos pasajeros saltaban por la borda. Otros, ya en el agua, suplicaban a voces que se les subiese de nuevo a bordo. Nadie les prestaba atención. Se elevó un grito diciendo que nos hundíamos.



También yo fui presa del pánico consiguiente y me arrojé al agua en medio de una avalancha de cuerpos. No sé muy bien cómo me arrojé, pero sí supe, y enseñada, por qué los que estaban en el agua se mostraban tan deseosos de regresar al transbordador. El agua estaba muy fría..., tan fría que resultaba una tortura. El ramalazo de dolor que sentí en el momento de sumergirme fue tan inmediato y tan intenso como el que produce el fuego. Penetraba hasta la médula. Era como el apretón de la muerte. La angustia y el sobresalto me obligaron a jadear y mis pulmones alcanzaron a llenarse de agua antes de que el salvavidas me volviese a la superficie. El sabor intenso de la sal me llenaba la boca y me inundaba la garganta y los pulmones.

Hasta la médula:
Muy intensamente,
hasta lo más
profundo del ser.
(Coloquial).

Pero el frío era lo más angustiioso. Sentí que no podría sobrevivir más que unos pocos minutos. A mi alrededor, muchas personas forcejeaban, se debatían. Las oía llamarse unas a otras a voz en grito. Y oía, asimismo, el ruido de remos. Evidentemente el vapor desconocido había arriado sus botes. A medida que pasaba el tiempo me maravillaba de seguir aún con vida. Había perdido toda sensación en los miembros inferiores, y un entumecimiento me envolvía el corazón y se iba adentrando en él. Pequeñas olas de malvadas y espumosas crestas rompían sin cesar sobre mí y penetraban en mi boca, llevándome a paroxismos cada vez más asfixiantes.

Paroxismo:
Exacerbación
del dolor.

Los ruidos se fueron haciendo imprecisos, aunque alcancé a oír en la distancia un postrer y desesperado coro y comprendí que el *Martínez* acababa de hundirse. Más tarde —no tengo idea cuánto tiempo más tarde— volví en mí con un estremecimiento de pavor. Estaba solo. Ya no llegaban a mis oídos llamadas ni gritos, tan solo el sonido de las olas, que en medio de la niebla parecía extrañamente vacío y retumbante. El pánico que se siente en medio de una multitud, que de cierto modo se encuentra vinculada por una serie de intereses comunes, no es tan terrible como el que se siente estando solo, y este era justamente el pánico que ahora me invadía. ¿Hacia dónde me llevaba la corriente? El hombre de la cara rojiza había



Reflujo: Movimiento de descenso de la marea.

Primordial: Primitiva, primera. Principio fundamental de cualquier cosa.

Quilla: Pieza alargada de madera o hierro, que va de proa a popa por la parte inferior de una embarcación, y en la que se apoya toda su armazón.

Popa: Parte posterior de una embarcación.

dicho que el reflujo se alejaba del Golden Gate. ¿Estaba siendo entonces arrastrado hacia alta mar? ¿Y el salvavidas en que flotaba? ¿No era factible que se hiciera pedazos en cualquier momento? Había oído decir que estaban hechos de papel y cañas huecas, por lo que se saturaban rápidamente y dejaban de flotar. Y yo era incapaz de dar una sola brazada. Y estaba solo, flotando, aparentemente, en medio de aquella enormidad gris y primordial. Confieso que una suerte de locura se apoderó de mí, que chillé y vociferé como lo habían hecho las mujeres y que azoté el agua con mis manos entumecidas.

No tengo la menor noción de cuánto tiempo duró esto, pues sobrevino un vacío del cual no recuerdo más de lo que se suele recordar de un sueño desagradable e inquietante. Cuando recobré el sentido, parecía como si hubiesen pasado siglos, y vi surgir de la bruma, casi encima de mí, la proa de una embarcación y tres velas triangulares que en aquel momento estaban henchidas por el viento. Al cortar el agua, la quilla iba abriendo un camino espumoso y gorgoteante, y yo parecía hallarme justamente en ese camino. Quise gritar, pero estaba demasiado exhausto. La quilla se sumergió de nuevo, a solo unos centímetros de donde yo me encontraba, arrojando borbotones de agua por encima de mi cabeza. Casi enseguida, el largo y oscuro costado del barco comenzó a deslizarse junto a mí, tan cerca que si hubiese extendido una mano lo habría tocado. Pensé hacerlo, impulsado por la insensata determinación de aferrarme con las uñas a la madera, pero mis brazos estaban pesados, inertes. De nuevo intenté gritar, pero de mi boca no salió sonido alguno.

La popa del barco pasó velozmente junto a mí, hundién dome en la concavidad formada por las olas; en ese momento distinguí a un hombre junto al timón y a otro que no parecía tener más ocupación que fumar un cigarro. Alcanzaba a ver el humo que salía de sus labios mientras giraba lentamente la cabeza y dejaba vagar su mirada por el agua en dirección al sitio donde yo estaba. Era una mirada descuidada, casual, una de esas acciones fortuitas que realizan los hombres cuando no tienen la obli-



gación inmediata de hacer nada en especial, y simplemente actúan porque están vivos y algo tienen que hacer.

Pero la vida y la muerte confluían en aquella mirada. Vi cómo la niebla se iba tragando la nave; vi la espalda del hombre que estaba al timón y vi la cabeza del otro hombre, que giraba, lentamente, mientras su mirada caía sobre el agua y de manera casual se iba deslizando hacia el sitio donde yo me encontraba. Había en su rostro una expresión ausente, como si estuviese absorto en hondas reflexiones, y tuve miedo de que no me viese aunque sus ojos se posaran en mí. Pero cuando sus ojos se posaron en mí se clavaron en los míos, y desde luego que me vio, porque de un salto llegó hasta el otro hombre, lo apartó de un empujón y comenzó a darle vueltas y vueltas al timón, una mano siguiendo inmediatamente a la otra, casi superponiéndose, al tiempo que a grandes voces daba órdenes. La embarcación pareció trazar una tangente con su curso anterior, y con un salto se perdió de vista y se sumergió en la niebla.

Sentí que me iba sumiendo en la inconsciencia, y entonces intenté con todo el poder de mi voluntad oponerme al vacío y la oscuridad asfixiantes que se cernían sobre mí. Al cabo de un instante oí un ruido de remos, cada vez más cercano, y las voces que daba un hombre. Cuando estuvo muy cerca, oí que preguntaba con un grito enfadado: «¿Por qué diablos no habla un poco más fuerte?». Se refería a mí, pensé, pero enseguida me envolvieron el vacío y la oscuridad.

Cernirse: Amenazar de cerca algún mal.

Índice

Presentación: JACK LONDON	5
Capítulo I	7
Capítulo II	19
Capítulo III	29
Capítulo IV	45
Capítulo V	53
Capítulo VI	65
Capítulo VII	83
Capítulo VIII	89
Capítulo IX	99
Capítulo X	111
Capítulo XI	121
Capítulo XII	129
Capítulo XIII	141
Capítulo XIV	147
Capítulo XV	157
Capítulo XVI	165
Capítulo XVII	175
Capítulo XVIII	193
Capítulo XIX	203
Capítulo XX	213
Capítulo XXI	223
Capítulo XXII	231
Capítulo XXIII	237
Capítulo XXIV	245

Capítulo XXV	255
Capítulo XXVI	271
Capítulo XXVII	289
Capítulo XXVIII	299
Capítulo XXIX	309
Capítulo XXX	317
Capítulo XXXI	327
Capítulo XXXII	331
Capítulo XXXIII	341
Capítulo XXXIV	349
Capítulo XXXV	357
Capítulo XXXVI	365
Capítulo XXXVII	377
Capítulo XXXVIII	389
Capítulo XXXIX	393
Glosario de términos marítimos	403
Apéndice: <i>Lobo Larsen</i>	409

El lobo de mar



Tras chocar con un vapor el transbordador en el que viajaba, Van Weyden, un crítico literario, es rescatado por la fragata *Fantasma*. Pronto le obligan a formar parte de la tripulación del barco, que se dirige hacia el norte a cazar focas. Van Weyden descubre un mundo brutal, un microcosmos que gobierna y domina el capitán del navío, Lobo Larsen. Un hombre sin escrúpulos y para quien la vida ajena no tiene ningún valor. Lobo posee, no obstante, una gran inteligencia y una vasta cultura autodidacta. La situación se complica al rescatar a unos naufragos, entre los cuales se encuentra una mujer. El conflicto entre el bien y el mal subyace en esta novela de aventuras, ambientada en el mar y en la vida de los cazadores de focas que tan bien conocía el autor.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-0881-8



9 788469 808818

1566083



ANAYA